

«Jamás ha sido tan imprevisible nuestro futuro, jamás hemos dependido tanto de las fuerzas políticas, fuerzas que padecen pura insania y en las que no puede confiarse si se atiende uno al sentido común y al propio interés. Es como si la humanidad se hubiera dividido entre quienes creen en la omnipotencia humana (los que piensan que todo es posible si uno sabe organizar las masas para lograr ese fin) y aquellos para los que la impotencia ha sido la experiencia más importante de sus vidas».

Los orígenes del totalitarismo

Hannah Arendt

Los orígenes del totalitarismo

Traducción de Guillermo Solana



Alianza Sendas

Título original: *The Origins of Totalitarianism*

Primera edición: 1981

Tercera edición: septiembre de 2026

Diseño de cubierta: Lo Siento Studio

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 1973, 1968, 1966, 1958, 1951, 1948 by Hannah Arendt. Copyright © renewed 1979 by Mary McCarthy West. Copyright © renewed 1994, 1979, 1976 by Lotte Kohler.

Copyright © renewed 2001 by Jerome Kohn.

Published by special arrangement with Mariner Books Classics, an imprint of HarperCollins Publishers LLC.

© de la traducción: Guillermo Solana, 1981

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1981, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037, Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-309-9

Depósito Legal: M-10510-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*

A Heinrich Blücher

Índice

- 11 Prólogo a la primera edición
- 15 Prólogo a la primera parte: Antisemitismo
- 25 Prólogo a la segunda parte: Imperialismo
- 33 Prólogo a la tercera parte: Totalitarismo

Primera parte. Antisemitismo

- 59 1. El antisemitismo como un insulto al sentido común
- 71 2. Los judíos, el Estado nación y el nacimiento del antisemitismo
- 133 3. Los judíos y la sociedad
- 183 4. El *affaire* Dreyfus

Segunda parte. Imperialismo

- 231 5. La emancipación política de la burguesía
- 283 6. El pensamiento racial antes del racismo
- 321 7. Raza y burocracia
- 375 8. Imperialismo continental: los panmovimientos
- 441 9. La decadencia del Estado nación y el final de los derechos del hombre

Tercera parte. Totalitarismo

- 495 10. Una sociedad sin clases
- 545 11. El movimiento totalitario
- 613 12. El totalitarismo en el poder
- 715 13. Ideología y terror: una nueva forma de gobierno

745 Bibliografía

781 Índice analítico

Prólogo a la primera edición

No someterse a lo pasado ni a lo futuro. Se trata de ser enteramente presente.

KARL JASPERS

Dos guerras mundiales en una sola generación, separadas por una ininterrumpida serie de guerras locales y de revoluciones, y la carencia de un tratado de paz para los vencidos y de un respiro para el vencedor han desembocado en la anticipación de una tercera guerra mundial entre las dos potencias mundiales que todavía existen. Este instante de anticipación es como la calma que sobreviene tras la extinción de todas las esperanzas. Ya no esperamos una eventual restauración del antiguo orden del mundo, con todas sus tradiciones, ni la reintegración de las masas de los cinco continentes, arrojadas a un caos producido por la violencia de las guerras y de las revoluciones y por la creciente decadencia de todo lo que queda. Bajo las más diversas condiciones y en las más diferentes circunstancias, contemplamos el desarrollo del mismo fenómeno: expatriación en una escala sin precedentes y desarraigo en una profundidad asimismo sin precedentes.

Jamás ha sido tan imprevisible nuestro futuro, jamás hemos dependido tanto de las fuerzas políticas, fuerzas que padecen pura insania y en las que no puede confiarse si se atiende uno al sentido común y al propio interés. Es como si la humanidad se hubiera dividido entre quienes creen en la omnipotencia humana (los que piensan que todo es posible si uno sabe organizar las masas para lograr ese fin) y aquellos para los que la impotencia ha sido la experiencia más importante de sus vidas.

Al nivel de la percepción histórica y del pensamiento político, prevalece la opinión generalizada y poco definida de que la estructura esencial de todas las civilizaciones ha alcanzado su punto de ruptura. Aunque en algunas partes del mundo parezca hallarse mejor preservada que en otras, en ningún lugar puede proporcionar una guía para las posibilidades del siglo o una respuesta adecuada a sus horrores. La esperanza y el temor desbocados parecen a menudo más próximos al eje de estos acontecimientos que el juicio equilibrado y la cuidadosa percepción. Los acontecimientos centrales de nuestra época no son menos olvidados por los comprometidos en la convicción en una catástrofe inevitable que por los que se han entregado a un infatigable optimismo.

Este libro ha sido escrito en un contexto de incansable optimismo y de incansable desesperación. Sostiene que el Progreso y el Destino son dos caras de la misma moneda; ambos son artículos de superstición, no de fe. Fue escrito con el convencimiento de que sería posible descubrir los mecanismos ocultos mediante los cuales todos los elementos tradicionales de nuestro mundo político y espiritual se disolvieron en un conglomerado donde todo parece haber perdido su valor específico y se ha hecho irreconocible para la comprensión humana, inútil para los fines humanos. Someterse al simple proceso de desintegración se ha convertido en una tentación irresistible no solo porque ha asumido la falsa grandeza de una «necesidad histórica», sino porque todo lo que le era ajeno comenzó a parecer desprovisto de vida, de sangre, de sentido y de realidad.

La convicción de que todo lo que sucede en la Tierra debe ser comprensible para el hombre puede conducir a interpretar la historia mediante lugares comunes. La comprensión no significa negar lo que resulta afrentoso, deducir de precedentes lo que no tiene tales o explicar los fenómenos por analogías y generalidades a través de las cuales ya no pueda sentirse el impacto de la realidad y el shock de la experiencia. Significa, más bien, examinar y soportar conscientemente la carga que nuestro siglo ha colocado sobre nosotros —y no negar su existencia ni someterse mansamente a su peso—. La comprensión, en suma, significa un atento e impremeditado enfrentamiento con la realidad, una resistencia a la misma, sea lo que fuere.

En este sentido debe ser posible abordar y comprender el hecho atroz de que un fenómeno tan pequeño (y en la política mundial tan carente de importancia) como el de la cuestión judía y el anti-semitismo llegara a convertirse en el agente catalítico del movimiento nazi en primer lugar, de una guerra mundial poco más tarde y, finalmente, de las fábricas de la muerte. O también la grotesca disparidad entre causa y efecto que introdujo la época del imperialismo, cuando las dificultades económicas determinaron en unas pocas décadas una profunda transformación de las condiciones políticas en todo el mundo. O la curiosa contradicción entre el proclamado y cínico «realismo» de los movimientos totalitarios y su evidente desprecio por todo el entramado de la realidad. O la irri-tante incompatibilidad entre el poder actual del hombre moderno (más grande que nunca, hasta el punto incluso de ser capaz de poner en peligro la existencia de su propio universo) y la impotencia de los hombres modernos para vivir en ese mundo, para comprender el sentido de ese mundo que su propia fuerza ha establecido.

El designio totalitario de conquista global y de dominación total ha sido el escape destructivo a todos los callejones sin salida. Su victoria puede coincidir con la destrucción de la humanidad; donde ha dominado, comenzó por destruir la esencia del hombre. Pero volver la espalda a las fuerzas destructivas del siglo resulta escasamente provechoso.

Lo malo es que nuestra época ha entretejido tan extrañamente lo bueno con lo malo que, sin «la expansión por la expansión» de los imperialistas, el mundo no habría llegado a estar unido; sin el artificio político de la burguesía del «poder por el poder», jamás se habría descubierto la medida de la fortaleza humana, y sin el mundo ficticio de los movimientos totalitarios en los que se pusieron de relieve con inigualable claridad las incertidumbres esenciales de nuestro tiempo, podríamos haber sido conducidos a nuestra ruina sin darnos cuenta siquiera de lo que estaba sucediendo.

Y si es verdad que en las fases finales del totalitarismo este aparece como un mal absoluto (absoluto porque ya no puede ser deducido de motivos humanamente comprensibles), también es cierto que sin el totalitarismo podríamos no haber conocido nunca la naturaleza verdaderamente radical del mal.

El antisemitismo (no simplemente el odio a los judíos), el imperialismo (no simplemente la conquista) y el totalitarismo (no simplemente la dictadura), uno tras otro, uno más brutalmente que otro, han demostrado que la dignidad humana precisa de una nueva salvaguardia que solo puede ser hallada en un nuevo principio político, en una nueva ley en la Tierra, cuya validez debe alcanzar esta vez a toda la humanidad y cuyo poder deberá estar estrictamente limitado, enraizado y controlado por entidades territoriales nuevamente definidas.

Ya no podemos permitirnos recoger del pasado lo que era bueno y denominarlo sencillamente nuestra herencia, despreciar lo malo y considerarlo simplemente como un peso muerto que el tiempo por sí mismo enterrará en el olvido. La corriente subterránea de la historia occidental ha llegado finalmente a la superficie y ha usurpado la dignidad de nuestra tradición. Esta es la realidad en la que vivimos. Y por ello son vanos todos los esfuerzos por escapar al horror del presente en la nostalgia de un pasado todavía intacto o en el olvido de un futuro mejor.

Hannah Arendt
Verano de 1950

Prólogo a la primera parte

Antisemitismo

El antisemitismo, una ideología secular decimonónica —cuyo nombre, aunque no su argumentación, era desconocido hasta la década de los años setenta de ese siglo—, y el odio religioso hacia los judíos, inspirado por el antagonismo recíprocamente hostil de dos credos en pugna, es evidente que no son la misma cosa; e incluso cabe poner en tela de juicio el grado en que el primero deriva sus argumentos y su atractivo emocional del segundo. La noción de una ininterrumpida continuidad de persecuciones, expulsiones y matanzas desde el final del Imperio Romano hasta la Edad Media y la Edad Moderna para llegar hasta nuestros días, embellecida frecuentemente por la idea de que el antisemitismo moderno no es más que una versión secularizada de supersticiones populares medievales¹, no es menos falaz (aunque, desde luego, menos dañina) que

¹ El último ejemplo de esta noción es N. Cohn, *Warrant for Genocide, The myth of the Jewish world-conspiracy and the «Protocols of the Elders of Zion»*, Nueva York, 1966. El autor parte de la implícita negación de que exista, al fin y al cabo, una historia judía. En su opinión, los judíos son «gentes que vivieron diseminadas por Europa desde el canal de la Mancha hasta el Volga, con muy poco en común, salvo el ser descendientes de adeptos a la religión judía» (p. 15). Los antisemitas, por el contrario, pueden reivindicar un linaje directo e ininterrumpido a través del espacio y del tiempo desde la Edad Media, en la que «los judíos fueron considerados agentes de Satán, adoradores del diablo, demonios en forma humana» (p. 41), y la única precisión a tan vastas generalizaciones que parece dispuesto a hacer el autor de *Pursuit of the Millennium* es que él

la correspondiente noción antisemita de una sociedad secreta judía que ha dominado, o aspira a dominar, al mundo desde la Antigüedad. Históricamente, el hiato entre el último período de la Edad Media y la Edad Moderna, con respecto a las cuestiones judías, resulta aún más marcado que la grieta entre la Antigüedad romana y la Edad Media o que la distancia —considerado frecuentemente como el punto decisivo de la historia judía de la Diáspora— que separó las catástrofes de las primeras Cruzadas de los precedentes siglos medievales. Porque este hiato duró casi dos siglos, desde el xv hasta finales del xvi, durante los cuales las relaciones entre judíos y gentiles fueron siempre escasas, la «indiferencia de los judíos a las condiciones y acontecimientos del mundo exterior» fue en todo momento considerable y el judaísmo llegó a ser «más que nunca un sistema cerrado de pensamiento». Fue entonces cuando los judíos, sin ninguna intervención exterior, empezaron a pensar «que la diferencia entre la judería y las naciones no era fundamentalmente de credo y de fe, sino de naturaleza interna», y cuando se pensó que la antigua dicotomía entre judíos y gentiles era «más probable que fuese racial en su origen y no tanto que se tratara de una cuestión de disensión doctrinal»². Este cambio en la estimación del carácter «aparte» del pueblo judío, que entre los no judíos se hizo frecuente solo mucho después, en la época de la Ilustración, es claramente la condición

se refiere exclusivamente a «la más temible especie de antisemitismo; la especie que desemboca en matanzas y en un intento de genocidio» (p. 16). El libro también se esfuerza en demostrar que «la masa de las poblaciones germanas nunca fue verdaderamente fanatizada contra los judíos», y que su exterminio «fue organizado, y principalmente realizado, por los profesionales del SD y de las SS», organizaciones que «en manera alguna representan una muestra típica de la sociedad alemana» (pp. 212 y ss.). ¡Cuán deseable sería que esta declaración pudiera encajar en los hechos! El resultado es que la obra se lee como si hubiera sido escrita hace cuarenta años por un muy ingenioso miembro del *Verein zur Bekämpfung des Antisemitismus*, de infausta memoria.

² Todas las citas proceden de la obra de J. Katz, *Exclusiveness and Tolerance, Jewish-Gentile Relations in Medieval and Modern Times*, Nueva York, 1962, cap. 12, un estudio absolutamente original, escrito al nivel más alto posible y que, desde luego, debería haber hecho estallar «muchas nociones muy estimadas por la judería contemporánea», como afirma la solapa; pero no fue así, por haber sido completamente ignorado por la gran prensa. Katz pertenece a la nueva generación de historiadores judíos, muchos de los cuales enseñan en la Universidad de Jerusalén y publican obras en hebreo. Es en cierto modo un misterio el hecho de que sus obras no sean rápidamente traducidas y publicadas en los Estados Unidos. Con ellas ha acabado indudablemente la «lacrmosa» presentación de la historia judía, contra la que Salo W. Baron protestaba hace cuarenta años.

sine qua non para el nacimiento del antisemitismo, y resulta de alguna importancia señalar que se produjo primeramente en la interpretación que los judíos hicieron de sí mismos, aproximadamente en el tiempo en que la cristiandad europea se escindía en aquellos grupos étnicos que cuajaron políticamente en el sistema de los modernos Estados nación.

La historia del antisemitismo, como la historia del odio a los judíos, es parte de la larga e intrincada historia de las relaciones entre judíos y gentiles bajo las condiciones de la dispersión judía. El interés por esta historia no existió prácticamente hasta mediados del siglo XIX, momento en que coincidió con el desarrollo del antisemitismo y su furiosa reacción contra la judería emancipada y asimilada, evidentemente, el peor momento posible para establecer datos históricos fiables³. Desde entonces ha sido una falacia común a la historiografía judía y a la no judía —aunque generalmente por razones opuestas— aislar los elementos hostiles en las fuentes cristianas y judías y recalcar la serie de catástrofes, expulsiones y matanzas que han marcado la historia judía de la misma manera que los conflictos armados y no armados, la guerra, el hambre y las epidemias han marcado la historia de Europa. Resulta innecesario añadir que fue la historiografía judía, con su fuerte predisposición polémica y apologética, la que acometió la búsqueda de rastros de odio a los judíos en la historia cristiana, mientras correspondía a los antisemitas buscar rasgos intelectualmente no muy diferentes en las antiguas fuentes judías. Cuando salió a la luz esta tradición judía de un antagonismo a menudo violento respecto de cristianos y gentiles, el «público judío se sintió no solo insultado, sino auténticamente sorprendido»⁴. Hasta tal punto sus portavoces habían logrado convencerse a sí mismos y convencer a los demás del hecho inexistente de que el aislamiento judío era debido exclusivamente a la hostilidad de los gentiles y a su falta de ilustración. El judaísmo, afirmaban especialmente los historiadores judíos, había sido siempre superior a las demás religiones en el hecho de que creía en la igualdad humana y en la tolerancia. El que esta autoengañosa teoría, acompañada por la creencia

³ Es interesante señalar que J. M. Jost, el primer historiador judío moderno, que escribió en Alemania a mediados del siglo XIX, se mostraba mucho menos inclinado que sus más ilustres predecesores a los habituales prejuicios de la historiografía secular judía.

⁴ Katz, *op. cit.*, p. 196.

de que el pueblo judío había sido siempre el objeto pasivo y sufriente de las persecuciones cristianas, llegara a constituirse en una prolongación y modernización del antiguo mito del pueblo elegido y desembocara en nuevas y a menudo muy complicadas prácticas de separación, destinadas a mantener la antigua dicotomía, es quizás una de esas ironías reservadas a aquellos que, por cualesquiera razones, tratan de embellecer y de manipular los hechos políticos y los datos históricos. Porque si los judíos tenían algo en común con sus vecinos no judíos en lo que apoyar su recientemente proclamada igualdad era precisamente un pasado religiosamente predeterminado y mutuamente hostil, tan rico en realizaciones culturales al más elevado nivel como abundante en fanatismos y groseras supersticiones al nivel de las masas ignorantes.

Sin embargo, incluso los irritantes estereotipos de este género de historiografía judía descansan sobre una base más sólida de hechos históricos que las anticuadas necesidades políticas y sociales de la judería europea del siglo XIX y de comienzos del XX. La historia cultural judía era infinitamente más diversa de lo que entonces se suponía y las causas del desastre variaban con las circunstancias históricas y geográficas, pero lo cierto es que variaban más en el entorno no judío que dentro de las comunidades judías. Dos factores muy reales tuvieron una influencia decisiva en los fatídicos errores todavía frecuentes cuando se trata de presentar popularmente la historia judía. En ningún lugar y en ninguna época tras la destrucción del templo poseyeron los judíos su propio territorio y su propio Estado; para su existencia física siempre dependieron de las autoridades no judías, aunque a «los judíos de Francia y también de Alemania hasta bien entrado el siglo XIII»⁵ se les otorgó algunos medios de autoprotección y el derecho a llevar armas. Esto no significa que los judíos estuvieran siempre privados de poder, pero es cierto que en cualquier conflicto, no importa cuáles fueran sus razones, los judíos no solo eran vulnerables, sino que estaban desvalidos y, por tanto, resultaba natural, especialmente en los siglos de completo extrañamiento que precedieron a su elevación a la igualdad política, que sintieran como simples repeticiones todos los estallidos de violencia. Además, las catástrofes eran consideradas

⁵ *Ibid.*, p. 6.

dentro de la tradición judía en términos de martirologio, lo que a su vez tenía sus bases históricas en los primeros siglos de nuestra era, cuando tanto judíos como cristianos desafiaron el poderío del Imperio Romano, así como en las condiciones medievales, cuando a los judíos les quedaba abierta la alternativa de someterse al bautismo y salvarse así de la persecución, incluso cuando la causa de la violencia no era religiosa, sino política y económica. Esta constelación de hechos dio pie a una ilusión óptica que han sufrido desde entonces historiadores tanto judíos como no judíos. La historiografía «se ha ocupado hasta ahora más de la disociación cristiana de los judíos que de la inversa»⁶, olvidando el hecho, por otra parte más importante, de que la disociación judía del mundo gentil, y más específicamente del entorno cristiano, fue de mayor importancia que la inversa para la historia judía por la obvia razón de que la auténtica supervivencia del pueblo como entidad identificable dependió de tal separación voluntaria y no, como se ha supuesto corrientemente, de la hostilidad de cristianos y no judíos. Solo en los siglos XIX y XX, tras la emancipación y con la difusión de la asimilación, desempeñó el antisemitismo un papel en la conservación del pueblo, puesto que entonces los judíos aspiraban a ser admitidos en la sociedad no judía.

Aunque los sentimientos antijudíos estuvieron extendidos entre las clases cultas de Europa durante el siglo XIX, el antisemitismo como ideología siguió siendo prerrogativa de los fanáticos en general y de los lunáticos en particular. Incluso los dudosos productos de las apologías judías, que nunca convencieron más que a los convencidos, eran ejemplos destacados de erudición y saber en comparación con lo que los enemigos de los judíos podían ofrecer en materia de investigación histórica⁷. Cuando, tras el final de la guerra, comencé a clasificar el material para este libro, recogido de fuentes documentales y a veces de excelentes monografías, durante un período de más de diez años, no existía una sola obra que abarcara la cuestión de extremo a extremo y de la que pudiera decirse que cumplía

⁶ *Ibid.*, p. 7.

⁷ La única excepción es el historiador antisemita Walter Frank, director del *Reichsinstitut für Geschichte des Neuen Deutschlands*, nazi, y editor de nueve volúmenes de *Forschungen zur Judenfrage*, 1937-1944. En especial, puede ser útil consultar la propia contribución de Frank.

las normas más elementales de erudición histórica. Y la situación apenas ha cambiado desde entonces. Esto es tanto más deplorable cuanto que recientemente se ha tornado más grande que nunca la necesidad de un tratamiento imparcial y veraz de la historia judía. Las evoluciones políticas del siglo xx han empujado al pueblo judío al centro de la tormenta de los acontecimientos; la cuestión judía y el antisemitismo, fenómenos relativamente carentes de importancia en términos de política mundial, se convirtieron en el agente catalizador, en primer lugar, del movimiento nazi y del establecimiento de la estructura organizativa del Tercer Reich, en el que cada ciudadano tenía que demostrar que *no* era judío; después, en el de una guerra mundial de una ferocidad sin equivalentes, y finalmente, de la aparición del crimen sin precedentes de genocidio en medio de la civilización occidental. Me parece obvio que todo esto exigía no solo una lamentación y una denuncia, sino también una comprensión. Este libro es un intento por comprender lo que a primera vista, e incluso a segunda, parecía simplemente atroz.

Comprender, sin embargo, no significa negar la atrocidad, deducir de precedentes lo que no los tiene o explicar fenómenos por analogías y generalidades tales que ya no se sientan ni el impacto de la realidad ni el choque de la experiencia. Significa, más bien, examinar y soportar conscientemente la carga que los acontecimientos han colocado sobre nosotros —ni negar su existencia ni someterse mansamente a su peso como si todo lo que realmente ha sucedido no pudiera haber sucedido de otra manera. La comprensión, en suma, es un enfrentamiento impremeditado, atento y resistente, con la realidad —cualquiera que sea o pudiera haber sido esta.

Para esta comprensión, aunque, desde luego, no resulte suficiente, es indispensable una cierta familiaridad con la historia judía en la Europa del siglo xix y con el concurrente desarrollo del antisemitismo. Los capítulos siguientes se refieren solo a aquellos elementos de la historia del siglo xix que realmente figuran entre los «orígenes del totalitarismo». Aún queda por escribir una historia que abarque el antisemitismo, tarea que está más allá del alcance de este libro. Mientras exista esta laguna hay justificación suficiente para publicar estos capítulos como contribución independiente a una historia más vasta, aunque fuera concebida originalmente como

parte constituyente de la prehistoria, por así decirlo, del totalitarismo. Además, lo que es cierto para la historia del antisemitismo, es decir, que cayó en manos de los fanáticos no judíos y de los apolo-gistas judíos y fue cuidadosamente evitado por reputados historia-dores, es cierto *mutatis mutandis* para casi todos los elementos que más tarde cristalizaron en el nuevo fenómeno totalitario; apenas fueron advertidos por la opinión ilustrada o por la del público en general, porque pertenecían a una corriente subterránea de la histo-ria europea en la que, ocultos a la luz del público y a la atención de los hombres ilustrados, acabarían cobrando una virulencia enteramente inesperada.

Ya que solo la cristalizadora catástrofe final llevó estas tenden-cias subterráneas al libre conocimiento público, ha habido una ten-dencia a equiparar sencillamente al totalitarismo con sus elementos y orígenes, como si cada estallido de antisemitismo, de racismo o de imperialismo pudiese ser identificado como «totalitarismo». Esta falacia es tan desorientadora en la búsqueda de la verdad histórica como perniciosa para el juicio político. Las políticas totalitarias —lejos de ser simplemente antisemitas, racistas, imperialistas o comunistas— usan y abusan de sus propios elementos ideológicos y políticos hasta tal punto que llega a desaparecer la base de reali-dad fáctica, de la que originalmente derivan su potencia y su valor propagandístico las ideologías —la realidad de la lucha de clases, por ejemplo, o los conflictos de intereses entre los judíos y sus veci-nos. Sería ciertamente un grave error subestimar el papel que el racismo puro ha desempeñado y sigue desempeñando en el gobier-no de los estados sudistas, pero sería aún más erróneo llegar a la conclusión retrospectiva de que grandes zonas de los Estados Unidos han estado bajo la dominación totalitaria durante más de un siglo. La única consecuencia directa y pura de los movimientos antise-mitas del siglo XIX no fue el nazismo, sino, al contrario, el sionis-mo, que, al menos en su forma ideológica occidental, constituyó un género de contraideología, la «respuesta» al antisemitismo. Esto, incidentalmente, no significa decir que la autoconciencia judía fuera una simple creación del antisemitismo; incluso un sumario conocimiento de la historia judía, cuya preocupación central desde el exilio babilónico fue la supervivencia del pueblo frente a los abru-madores riesgos de dispersión, debería bastar para barrer este último

mito en estas cuestiones, un mito que se ha puesto en cierto grado de moda en los círculos intelectuales tras la interpretación «existencialista» que Sartre hizo del judío como alguien que es considerado y definido judío por los demás.

La mejor ilustración, tanto de la distinción como de la conexión entre el antisemitismo pretotalitario y el totalitario, es quizá la ridícula historia de los «Protocolos de los Sabios de Sión». El empleo que los nazis hicieron de esta falsificación, como libro de texto para una conquista global, no es ciertamente parte de la historia del antisemitismo, pero solo esta historia puede explicar ante todo por qué ese cuento inverosímil contenía suficiente plausibilidad como para ser útil como propaganda antijudía. Lo que, por otra parte, no puede explicar es por qué la apelación totalitaria al dominio global, ejercido por los miembros y los métodos de una sociedad secreta, podía convertirse en un atractivo objetivo político. Esta última función, políticamente mucho más importante (aunque no propagandísticamente), tiene su origen en el imperialismo en general y en su muy explosiva versión continental, los llamados panmovimientos en particular.

De esta manera, este libro se limita en tiempo y espacio tanto como en el tema. Sus análisis se refieren a la historia judía en Europa central y occidental desde la época de los judíos palaciegos hasta el *affaire* Dreyfus, en tanto que resultó relevante para el nacimiento del antisemitismo y fue influido por éste. Estudia movimientos antisemitas que estaban sólidamente basados en las realidades fácticas características de las relaciones entre judíos y gentiles, es decir, en el papel que los judíos desempeñaron en el desarrollo del Estado nación, por un lado, y su actividad en la sociedad no judía, por el otro. La aparición de los primeros partidos antisemitas en la década de los años setenta y en la de los ochenta del siglo XIX marca el momento en el que trascendieron la base fáctica del conflicto de intereses y de la experiencia demostrable y se inició el camino que concluyó con la «solución final». Desde entonces, en la era del imperialismo, seguida por el período de los movimientos y gobiernos totalitarios, no es ya posible aislar la cuestión judía o la ideología antisemita de temas que casi carecen por completo de relación con las realidades de la moderna historia judía. Y ello no simple ni primariamente porque estas cuestiones desempeñaran un importante

papel en los asuntos mundiales, sino porque el mismo antisemitismo era empleado para fines ulteriores que, aunque en su instrumentación señalara a los judíos como las víctimas principales, dejaban muy atrás todos los temas de interés tanto para los judíos como para los antijudíos.

El lector hallará las versiones imperialista y totalitaria del antisemitismo del siglo xx en la segunda y tercera partes de esta obra, respectivamente.

Hannah Arendt
Julio de 1967

Prólogo a la segunda parte

Imperialismo

Rara vez pueden ser fechados con tanta precisión los comienzos de un período histórico y raramente tuvieron tantas posibilidades los observadores contemporáneos de ser testigos de su preciso final como en el caso de la era imperialista. Porque el imperialismo, que surgió del colonialismo y tuvo su origen en la incompatibilidad del sistema del Estado nación con el desarrollo económico e industrial del último tercio del siglo XIX, comenzó su política de la expansión por la expansión no antes de 1884, y esta nueva versión de la política de poder era tan diferente de las conquistas nacionales en las guerras fronterizas como del estilo romano de construcción imperial. Su fin pareció inevitable tras «la liquidación del Imperio de Su Majestad» que Churchill se había negado a «presidir» y se tornó un hecho consumado con la declaración de la independencia india. El hecho de que los británicos liquidaran voluntariamente su dominación colonial sigue siendo uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia del siglo XX. De esa liquidación resultó la imposibilidad de que ninguna nación europea pudiera seguir reteniendo sus posesiones ultramarinas. La única excepción es Portugal, y su extraña capacidad para continuar una lucha a la que han tenido que renunciar todas las demás potencias coloniales europeas puede deberse más a su atraso nacional que a la dictadura de Salazar; porque no fue solo la mera debilidad o el cansancio debido

a dos cruentas guerras en una sola generación, sino también los escrúpulos morales y las aprensiones políticas de los Estados nación completamente desarrollados, los que desaconsejaban medidas extremas, la introducción de «matanzas administrativas» (A. Carhill) que podrían haber destrozado la rebelión no violenta en la India, y una continuación del «gobierno de las razas sometidas» (lord Cromer) por obra del muy temido efecto de *boomerang* en las madres patrias. Cuando finalmente Francia, gracias a la entonces todavía intacta autoridad de De Gaulle, se atrevió a renunciar a Argelia, a la que siempre había considerado tan parte de Francia como el *département de la Seine*, pareció haberse llegado a un punto sin retorno.

Cualesquiera que pudieran haber sido los méritos de esta esperanza si la guerra caliente contra la Alemania nazi no hubiese sido seguida por la guerra fría entre la Rusia soviética y los Estados Unidos, se siente retrospectivamente la tentación de considerar las dos últimas décadas como el período durante el cual los dos países más poderosos de la Tierra pugnaron por lograr una posición en una lucha competitiva por el predominio en aquellas mismas regiones, aproximadamente, que habían dominado antes las naciones europeas. De la misma manera, se siente la tentación de considerar la nueva y difícil distensión entre Rusia y América como el resultado de la aparición de una tercera potencia mundial, China, más que como la sana y natural consecuencia de la destotalitarización de Rusia tras la muerte de Stalin. Y si evoluciones posteriores confirmaran estas incipientes interpretaciones, significaría en términos históricos que hemos vuelto, en una escala enormemente ampliada, al punto en el que comenzamos, es decir, a la era imperialista y a la carrera de colisiones que condujo a la Primera Guerra Mundial.

Se ha dicho a menudo que los británicos adquirieron su imperio en un momento de distracción, como consecuencia de tendencias automáticas, aceptando lo que parecía posible y resultaba tentador, más que como resultado de una política deliberada. Si esto es cierto, entonces el camino al infierno puede estar tan empedrado de falta de intenciones como de las buenas a que alude el proverbio. Y los hechos objetivos que invitan a retornar a las políticas imperialistas son, desde luego, tan fuertes hoy, que uno se inclina a creer mínimamente en la verdad a medias de la declaración,

pese a las vacuas seguridades de buenas intenciones por parte de ambos bandos: de un lado, los «compromisos» americanos con un inviable *statu quo* de corrupción e incompetencia y, de otro, la jerga pseudorrevolucionaria rusa acerca de las guerras de liberación nacional. El proceso de construcción nacional en zonas atrasadas, donde la ausencia de todos los prerequisites para la independencia nacional es proporcional a un chauvinismo creciente y estéril, ha determinado unos enormes vacíos de poder en los que la competición entre las superpotencias resulta tanto más fiera cuanto que parece definitivamente desechado, con el desarrollo de las armas nucleares, el enfrentamiento directo de sus medios de violencia como último «recurso» para resolver todos los conflictos. No solo atrae inmediatamente el potencial o la intervención de las superpotencias cada conflicto entre los pequeños países subdesarrollados, sea una guerra civil en Vietnam o un conflicto nacional en Oriente Medio, sino que sus verdaderos conflictos, o al menos el momento en que se producen sus estallidos, parecen haber sido manipulados o directamente causados por intereses y maniobras que nada tienen que ver con los conflictos e intereses en juego en la misma región. Nada era tan característico de la política de poder en la era imperialista como este paso de objetivos de interés nacional localizados, limitados y por eso predecibles, a la ilimitada prosecución del poder por el poder que podía extenderse por todo el globo y devastarlo sin un seguro objetivo nacional y territorialmente prescrito, y por eso sin dirección previsible. Esta reincidencia se ha tornado también evidente en el nivel ideológico con la famosa teoría del dominó, según la cual la política exterior americana se siente obligada a llevar la guerra a un país por la integridad de otros que ni siquiera son vecinos de ese, y que es claramente una nueva versión del antiguo «Gran Juego» cuyas reglas permitían e incluso dictaban la consideración de naciones enteras como pasos previos, o como peones, en la terminología de hoy, para obtener las riquezas y el dominio de un tercer país que, a su vez, se tornaba simplemente escalón en el inacabable proceso de la expansión y de la acumulación del poder. Fue de esta reacción en cadena, inherente a la política imperialista de poder y representada a nivel humano por la figura del agente secreto, de la que dijo Kipling (en *Kim*): «Cuando todos estén muertos termina el Gran Juego. No antes»; y la única razón por la

que su profecía no llegó a cumplirse fue la limitación constitucional del Estado nación, mientras que hoy nuestra única esperanza de que no llegue a cumplirse en el futuro está basada en las limitaciones constitucionales de la República americana y en las limitaciones tecnológicas de la era nuclear.

Esto no significa negar que la inesperada resurrección de la política y los medios imperialistas tiene lugar en condiciones y circunstancias muy diferentes. La iniciativa de la expansión ultramarina se ha desplazado hacia Occidente, desde Inglaterra y la Europa occidental hasta América, y la iniciativa de la expansión continental en cerrada continuidad geográfica ya no procede de la Europa central y oriental, sino que está exclusivamente localizada en Rusia. Las políticas imperialistas, más que cualquier otro factor, han sido las que han determinado la decadencia de Europa, y parecen haberse cumplido ya las profecías de los políticos e historiadores que afirmaron que los dos gigantes que flanqueaban a las naciones europeas por el este y por el oeste acabarían por surgir como herederos de su poder. Nadie justifica la expansión ya mediante la «misión del hombre blanco», por una parte, o mediante una «ampliada conciencia tribal» con el objetivo de unir pueblos de similar origen étnico, por otra; en vez de eso, oímos hablar de «compromisos» con Estados clientes, de las responsabilidades del poder y de la solidaridad con los movimientos revolucionarios de liberación nacional. La misma palabra «expansión» ha desaparecido de nuestro vocabulario político, que ahora emplea los términos «extensión» o, críticamente, «sobreextensión» para referirse a algo muy similar. Y lo que resulta políticamente más importante, las inversiones privadas en tierras alejadas, originalmente el primer motor de los desarrollos imperialistas, son hoy superadas por la ayuda exterior, económica y militar, facilitada directamente por los gobiernos. (Solo en 1966 el gobierno americano gastó 4600 millones de dólares en ayudas y créditos al exterior, más 1300 millones anuales en ayuda militar durante la década 1956-1965, mientras que la salida de capital privado en 1965 totalizó 3690 millones de dólares y, en 1966, 3910 millones.)¹ Esto significa

¹ Estas cifras proceden, respectivamente, de L. Model, «The Politics of Private Foreign Investment», y de K. M. Kauffman y H. Stalson, «U. S. Assistance to Less Developed Countries, 1956-1965», ambos textos en *Foreign Affairs*, julio de 1967.

que la era del llamado imperialismo del dólar, la versión específicamente americana del imperialismo anterior a la Segunda Guerra Mundial, que fue políticamente la menos peligrosa, está definitivamente superada. Las inversiones privadas —«las actividades de un millar de compañías norteamericanas operando en un centenar de países extranjeros» y «concentradas en los sectores más modernos, más estratégicos y más rápidamente crecientes»— crean muchos problemas políticos aunque no se hallen protegidas por el poder de la nación², pero la ayuda exterior, aunque sea otorgada por razones puramente humanitarias, es política por naturaleza, precisamente porque no está motivada por la búsqueda de un beneficio. Se han gastado miles de millones de dólares en eriales políticos y económicos en donde la corrupción y la incompetencia los han hecho desaparecer antes de que se hubiera podido iniciar nada productivo, y este dinero ya no es el capital «superfluo» que no podía ser invertido productiva y beneficiosamente en la patria, sino el fantástico resultado de la pura abundancia que los países ricos, «los que tienen» en comparación con «los que no tienen», pueden permitirse perder. En otras palabras, el móvil del beneficio, cuya importancia en la política imperialista del pasado llegó a ser sobreestimada frecuentemente, ha desaparecido ahora por completo; solo los países muy ricos y muy poderosos pueden permitirse soportar las grandes pérdidas que supone el imperialismo.

Probablemente es aún demasiado pronto (y queda más allá del alcance de mis consideraciones) para analizar y examinar con algún grado de confianza estas recientes tendencias. Lo que parece incómodamente claro incluso ahora es la fuerza de ciertos procesos aparentemente incontrolables que tienden a frustrar todas las esperanzas de desarrollo constitucional en las nuevas naciones y a minar las instituciones republicanas en las antiguas. Los ejemplos son excesivos para permitir siquiera una sumaria enumeración, pero la aparición de un «gobierno invisible» de los servicios secretos, cuyo alcance en la política interior, en los sectores cultural, educativo y económico de nuestra vida solo recientemente se ha revelado, es un signo demasiado ominoso para dejarlo pasar en silencio. No hay

² El ya citado artículo de L. Model proporciona (p. 641) un muy valioso y pertinente análisis de estos problemas.

razón para dudar de la afirmación de Allen W. Dulles, según la cual los servicios de inteligencia han disfrutado en este país desde 1947 de «una posición más influyente en nuestro gobierno de la que disfrutaban los servicios de inteligencia en cualquier otro gobierno del mundo»³; ni hay razón para creer que esa influencia haya disminuido desde que formuló su declaración en 1958. Se ha señalado a menudo el peligro mortal que el «gobierno invisible» supone para las instituciones del «gobierno visible»; lo que resulta quizá menos conocido es la íntima conexión tradicional entre la política imperialista y la dominación por el «gobierno invisible» y los agentes secretos. Es un error creer que la creación de una red de servicios secretos en este país tras la Segunda Guerra Mundial fue una respuesta a la amenaza directa que para su supervivencia nacional suponía la red de espionaje de la Rusia soviética; la guerra había impulsado a los Estados Unidos a la posición de la mayor potencia mundial, y fue esta potencia mundial, más que su existencia nacional, la desafiada por la potencia revolucionaria del comunismo dirigido desde Moscú⁴.

Cualesquiera que sean las causas del ascenso norteamericano al poder mundial, la deliberada prosecución de una política exterior encaminada a ese poder o una aspiración al dominio global no figuran entre ellas. Y cabe decir lo mismo respecto de los pasos recientes y todavía de tanteo del país en dirección a una política de poder imperialista para la que su forma de gobierno está menos preparada que la de cualquier otro país. La enorme distancia entre los países occidentales y el resto del mundo no solo, y no primariamente, en riqueza, sino en educación, dominio técnico y competencia en general, ha atormentado las relaciones internacionales desde el comienzo

³ Esto es lo que Mr. Dulles dijo en un discurso pronunciado en la Universidad de Yale en 1957, según D. Wise y T. B. Ross, *The Invisible Government*, Nueva York, 1964, p. 2.

⁴ Según Mr. Dulles, el gobierno tenía que «luchar contra el fuego con fuego», y después, con una desarmante franqueza, merced a la cual el antiguo jefe de la CIA se distinguía de sus colegas de otros países, explicó lo que esto significaba. La CIA, por implicación, ha de seguir el modelo del Servicio de Seguridad del Estado Soviético, que «es más que una organización de la policía secreta, más que una organización de espionaje y contraespionaje». Es un instrumento para «*la subversión, la manipulación y la violencia; para la intervención secreta en los asuntos de otros países*». (El subrayado es de la autora.) Véase A. W. Dulles, *The Craft of Intelligence*, Nueva York, 1963, p. 155.

de una genuina política mundial. Y esta distancia, lejos de disminuir en las últimas décadas bajo la presión de unos sistemas de comunicaciones en rápido desarrollo y la resultante reducción de las distancias terrestres, ha aumentado constantemente y está cobrando ahora proporciones verdaderamente alarmantes. «Las tasas de crecimiento demográfico en los países menos desarrollados doblan las de los países más avanzados»⁵, y cuando este factor bastaría para que fuera imperativo asistirles con excedentes alimentarios y con excedentes de conocimiento tecnológico y político, es ese mismo factor el que invalida toda ayuda. Obviamente, cuanto mayor sea la población, menor ayuda per cápita recibirá, y la verdad de la cuestión es que, después de dos décadas de programas de ayuda masiva, todos los países que no habían sido capaces de ayudarse a sí mismos —como ha sido Japón— son ahora más pobres y están más alejados que nunca de cualquier estabilidad económica o política. Por lo que se refiere a las posibilidades del imperialismo, esta situación las consolida de una forma preocupante por la sencilla razón de que nunca han importado menos las puras cifras; la dominación blanca en Sudáfrica, donde la minoría tiránica es superada hoy en una proporción de diez a uno, no ha sido probablemente nunca más segura que hoy. Es esta situación objetiva la que convierte a toda la ayuda exterior en instrumento de dominación extranjera y coloca a todos los países que precisan de esta ayuda por sus decrecientes probabilidades de supervivencia física ante la alternativa de aceptar alguna forma de «gobierno de razas sometidas» o hundirse rápidamente en una anárquica ruina.

Este libro se refiere solamente al imperialismo colonial estrictamente europeo, cuyo final sobrevino con la liquidación de la dominación británica en la India. Narra la historia de la desintegración del Estado nación, que demostró contener casi todos los elementos necesarios para la subsiguiente aparición de los movimientos y gobiernos totalitarios. Antes de la era imperialista no existía nada que fuera una política mundial, y sin ella carecía de sentido la reivindicación totalitaria de dominación global. Durante este período el sistema del Estado nación se mostró incapaz tanto de concebir

⁵ Véase el muy instructivo artículo de O. L. Freeman, «Malthus, Marx and the North American Breadbasket», en *Foreign Affairs*, julio de 1967.

nuevas normas para manejar los asuntos exteriores que se habían convertido en asuntos globales como de hacer observar una Pax Romana en el resto del mundo. Su pobreza y su miopía políticas concluyeron en el desastre del totalitarismo, cuyos horrores sin precedentes han oscurecido los ominosos acontecimientos y la mentalidad aún más ominosa del período anterior. La investigación erudita se ha concentrado casi exclusivamente en la Alemania de Hitler y en la Rusia de Stalin a expensas de sus menos dañinos predecesores. El dominio imperialista, excepto cuando se utiliza esa denominación con intención peyorativa, parece casi olvidado, y la razón principal de que ese hecho resulte deplorable es que en los años recientes su importancia en los acontecimientos contemporáneos se ha tornado más que evidente. De esta manera la controversia sobre la guerra no declarada por los Estados Unidos en Vietnam se ha formulado desde ambos bandos en términos de analogías con Múnich o con otros ejemplos extraídos de los años treinta, cuando la dominación totalitaria era el único peligro claro presente y omnipresente; pero las amenazas de la política de hoy en hechos y palabras tienen un más portentoso parecido con los hechos y las justificaciones verbales que precedieron al estallido de la Primera Guerra Mundial, cuando una chispa en una región periférica de interés secundario para todos los interesados pudo iniciar una conflagración mundial.

Subrayar la desgraciada importancia que este medio olvidado período tiene para los acontecimientos contemporáneos no significa, desde luego, ni que la suerte esté echada y estemos entrando en un nuevo período de políticas imperialistas, ni que en todas las circunstancias deba acabar el imperialismo en los desastres del totalitarismo. Por mucho que seamos capaces de saber del pasado, ello no nos permitirá conocer el futuro.

Hannah Arendt
Julio de 1967

Prólogo a la tercera parte

Totalitarismo

I

El manuscrito original de *Los orígenes del totalitarismo* fue concluido en el otoño de 1949, más de cuatro años después de la derrota de la Alemania de Hitler, menos de cuatro años antes de la muerte de Stalin. La primera edición del libro apareció en 1951. Retrospectivamente, los años que pasé escribiéndolo, a partir de 1945, se me aparecen como el primer período de relativa calma tras décadas de desorden, confusión y horror —las revoluciones tras la Primera Guerra Mundial, la ascensión de los movimientos totalitarios y el debilitamiento del gobierno parlamentario, seguidos por toda clase de nuevas tiranías, fascistas y semifascistas, dictaduras unipartidistas y militares y, finalmente, el aparentemente firme establecimiento de gobiernos totalitarios que descansaban en el apoyo de las masas¹:

¹ Resulta, sin duda, muy inquietante el hecho de que el gobierno totalitario, no obstante su manifiesta criminalidad, se base en el apoyo de las masas. Por eso apenas es sorprendente que se nieguen a reconocerlo tanto los eruditos como los políticos, los primeros por creer en la magia de la propaganda y del lavado de cerebro, los últimos por negarlo simplemente, como, por ejemplo, hizo repetidas veces Adenauer. Una reciente publicación de los informes secretos sobre la opinión pública alemana durante la guerra (desde 1939 hasta 1944), realizados por el Servicio de Seguridad de las SS (*Meldungen aus dem Reich. Auswahl aus den Geheimen Lageberichten des Sicherheitsdienstes der SS 1939-1944*, editada por Heinz Boberach, Neuwied y Berlín, 1965), resulta muy revela-

en Rusia, en 1929, el año de lo que ahora se denomina la «segunda revolución», y en Alemania, en 1933.

Con la derrota de la Alemania nazi, parte de la historia llegaba a su fin. Este parecía el primer momento apropiado para examinar los acontecimientos contemporáneos con la mirada retrospectiva del historiador y el celo analítico del estudioso de la ciencia política, la primera oportunidad para tratar de decir y comprender lo que había sucedido, no aún *sine ira et studio*, todavía con dolor y pena y, por eso, con una tendencia a lamentar, pero ya no con mudo resentimiento e impotente horror. (He dejado mi prólogo original en la edición actual para indicar el talante de aquellos años.) Era, en cualquier caso, el primer momento posible para articular y elaborar las preguntas con las que mi generación se había visto forzada a vivir durante la mayor parte de su vida de adulto: *¿qué ha sucedido? ¿Por qué sucedió? ¿Cómo ha podido suceder?* Porque tras la derrota alemana, que dejó tras de sí un país en ruinas y una nación que sentía que había llegado al «punto cero» de su historia, emergieron montañas de escritos virtualmente intactos, una superabundancia de material documental sobre cada aspecto de los doce años que había conseguido durar el *Tausendjähriges Reich* de Hitler. Las primeras selecciones generosas de este *embarras de richesses*, que incluso hoy en manera alguna han sido adecuadamente publicadas e investigadas, comenzaron a aparecer en relación con el proceso de Nuremberg de los principales criminales de guerra en 1946, en los doce volúmenes de *Nazi Conspiracy and Aggression*².

Cuando en 1958 apareció la segunda edición (de bolsillo), estaba ya disponible en bibliotecas y archivos mucho más material

dora al respecto. Muestra, en primer lugar, que la población se hallaba notablemente bien informada sobre los llamados secretos —las matanzas de judíos en Polonia, la preparación de un ataque a Rusia, etc.— y, en segundo lugar, el «grado en que las víctimas de la propaganda permanecieron capaces de formar opiniones independientes» (pp. xvii-xix). Sin embargo, el punto de la cuestión es que esto no debilitó de ningún modo el apoyo general al régimen de Hitler. Es completamente obvio que el apoyo de las masas al totalitarismo no procede ni de la ignorancia ni del lavado de cerebro.

² Desde el comienzo, la investigación y la publicación del material documental han estado guiadas por la preocupación por actividades delictivas y la selección se ha realizado habitualmente con el fin de perseguir a los criminales de guerra. El resultado es que se ha despreciado gran parte de un material muy interesante. El libro mencionado en la anterior nota constituye una muy grata excepción a la regla.

documental y de otro género referente al régimen nazi. Lo que entonces aprendí era suficientemente interesante, pero apenas exigía cambios sustanciales tanto en el análisis como en el argumento de mi estudio original. Parecía aconsejable realizar numerosas adiciones y sustituciones de citas en las notas, y el texto fue considerablemente ampliado. Pero estos cambios eran todos de naturaleza técnica. En 1949, los documentos de Nuremberg eran conocidos solo parcialmente y en su traducción inglesa, y gran número de libros, folletos y revistas, publicados en Alemania entre 1933 y 1945, no estaban todavía disponibles. Además, tuve en cuenta en cierto número de adiciones algunos de los más importantes acontecimientos tras la muerte de Stalin —la crisis de sucesión y el discurso de Jruschov ante el XX Congreso del Partido—, así como nueva información sobre el régimen de Stalin obtenida de nuevas publicaciones. Así es que revisé la Tercera Parte y el último capítulo de la Segunda, mientras que la Primera, referente al antisemitismo, y los primeros cuatro capítulos sobre el imperialismo permanecían inalterados. Por otro lado, existían ciertas ideas de una naturaleza estrictamente teórica fuertemente conectadas con mi análisis de los elementos de la dominación total, que yo no poseía cuando concluí el manuscrito original que terminaba con unas «Observaciones concluyentes» que eran más bien no concluyentes. El último capítulo de esta edición, «Ideología y terror», reemplazó a aquellas «Observaciones», que, en la medida en que todavía eran válidas, fueron trasladadas a otros capítulos. En la segunda edición yo había añadido un Epílogo en el que examinaba brevemente la introducción del sistema ruso en los países satélites y la revolución húngara. Este examen, escrito mucho más tarde, era diferente en su tono, ya que se refería a acontecimientos contemporáneos y quedó anticuado en muchos detalles. Ahora lo he eliminado, y este es el único cambio sustancial de esta edición en comparación con la segunda (la rústica).

Resulta obvio que el final de la guerra no significó el final del gobierno totalitario en Rusia. Al contrario, fue seguido por la bolchevización de Europa oriental, es decir, la extensión del gobierno totalitario, y la paz no ofreció más que un significativo punto de inflexión desde el que analizar las similitudes y diferencias en métodos e instituciones de los dos regímenes totalitarios. Lo decisivo no fue el final de la guerra, sino la muerte de Stalin ocho años

más tarde. Retrospectivamente parece que esta muerte no fue simplemente seguida por una crisis de sucesión y un «deshielo» temporal hasta que hubiera logrado afirmarse un nuevo líder, sino por un auténtico, aunque nunca inequívoco, proceso de destotalitarización. Por eso, desde el punto de vista de los acontecimientos, no había razón para actualizar ahora esta parte de mi obra; por lo que a nuestro conocimiento del período en cuestión se refiere no ha cambiado drásticamente lo suficiente como para exigir extensas revisiones y ediciones. En contraste con Alemania, donde Hitler empleó conscientemente su guerra para desarrollar y, valga decir, perfeccionar el gobierno totalitario, el período de la guerra en Rusia fue un período de suspensión temporal de la dominación total. Para mis propósitos son de máximo interés los años desde 1929 hasta 1941 y, posteriormente, de 1945 a 1953; nuestras fuentes para estos períodos son tan escasas y de la misma naturaleza que lo eran en 1958 e incluso en 1949. Nada ha sucedido, ni es probable que suceda en el futuro, que pueda presentarse con el mismo inequívoco final de la historia o con las mismas pruebas horriblemente claras e irrefutables con que documentarlo como sucedió en el caso de la Alemania nazi.

La única adición importante para nuestro conocimiento, el contenido del Archivo de Smolensko (publicado en 1958 por Merle Fainsod), ha demostrado hasta qué punto seguirá siendo decisiva para todas las investigaciones sobre este período de la historia rusa la escasez de la más elemental documentación y de material estadístico. Porque aunque los archivos (descubiertos en la sede del partido en Smolensko por los servicios alemanes de información y capturados luego en Alemania por las fuerzas de ocupación americanas) contienen unas 200 000 páginas de documentos y se hallan virtualmente intactos en lo que se refiere al período comprendido entre 1917 y 1938, la cantidad de información que no nos pueden proporcionar es verdaderamente sorprendente. Incluso con «una casi inabarcable abundancia de material sobre las purgas» desde 1929 hasta 1937, no contienen información sobre el número de víctimas ni otros vitales datos estadísticos. Donde dan cifras, estas son desesperadamente contradictorias; las diferentes organizaciones proporcionan series distintas, y lo que llegamos a saber de forma indudable es que muchas de esas cifras, si llegaron a existir, fueron

retiradas por orden del gobierno³. Además, el Archivo no contiene información sobre las relaciones entre las diferentes ramas de la autoridad, «entre el partido, los militares y el NKVD», o entre el partido y el gobierno, y se muestra mudo respecto de los canales de comunicación y mando. En suma, no sabemos nada acerca de la estructura de la organización del régimen, de la que estamos tan bien informados con respecto a la Alemania nazi⁴. En otras palabras, aunque se ha sabido siempre que las publicaciones oficiales soviéticas servían fines propagandísticos y eran profundamente indignas de crédito, ahora resulta que las fuentes fiables y el material estadístico no existieron probablemente en parte alguna.

Cuestión mucho más seria es la de si un estudio sobre el totalitarismo puede permitirse ignorar lo que ha sucedido y sigue sucediendo en China. Aquí nuestro conocimiento es aún menos seguro de lo que era sobre la Rusia de los años treinta, en parte porque el país ha conseguido aislarse de los extranjeros mucho más radicalmente tras la revolución victoriosa y en parte porque todavía no han venido en nuestra ayuda los desertores de los niveles superiores del partido comunista chino —lo que, desde luego, es en sí mismo suficientemente significativo. Lo poco que hemos sabido durante diecisiete años esbozaba dos diferencias muy importantes: tras un período inicial de considerable derramamiento de sangre —el número de víctimas durante los primeros años de dictadura ha sido estimado plausiblemente en quince millones, aproximadamente un tres por ciento de la población de 1949 y, en términos de porcentaje, considerablemente menor que las pérdidas demográficas debidas a la «segunda revolución» de Stalin— y tras la desaparición de una oposición organizada, no hubo un aumento del terror ni matanzas de personas inocentes, ni categorías de «enemigos objetivos», ni crímenes descarados, ni procesos espectaculares, aunque sí existieron en gran medida confesiones públicas y «autocríticas». El famoso discurso pronunciado por Mao en 1957, «Sobre el correcto tratamiento de las contradicciones en el seno del pueblo», usualmente conocido bajo el equívoco título «Que florezcan cien flores», no fue ciertamente un alegato en favor de la libertad, pero recono-

³ Véase la obra de M. Fainsod, *Smolensk under Soviet Rule*, 1958, pp. 210, 306, 365, etc.

⁴ *Ibid.*, pp. 73, 93.

cía contradicciones no antagónicas entre las clases y, lo que es todavía más importante, entre el pueblo y el gobierno, incluso bajo una dictadura comunista. La forma de tratar con los oponentes era la «rectificación del pensamiento», un elaborado procedimiento de constante moldeamiento y remodelamiento de las mentes al cual más o menos parecía sujeta toda la población. Nunca supimos muy bien cómo funcionó este sistema en la vida cotidiana, quién estaba exento de él —es decir, quién «remoldeaba»—, y carecemos de indicaciones sobre los resultados del «lavado de cerebro», si fue duradero y produjo cambios de personalidad. Si se confiara en las presentes declaraciones de los dirigentes chinos, todo lo que se consiguió fue hipocresía en gran escala, el «caldo de cultivo de la contrarrevolución». Si esto era terror, como muy ciertamente era, se trataba de un terror de diferente género y, cualesquiera que fuesen sus resultados, no diezmó la población china. Reconocía claramente un interés nacional, permitía al país desarrollarse pacíficamente, emplear la competencia de los descendientes de las antiguas clases dominantes y mantener niveles académicos y profesionales. En suma, era obvio que el «pensamiento» de Mao Tse-tung no seguía la trayectoria de Stalin (o de Hitler, en esta cuestión), que no era un asesino por instinto, y que el sentimiento nacionalista, tan destacado en todos los levantamientos revolucionarios en los antiguos países coloniales, era lo suficientemente fuerte como para imponer límites a la dominación total. Todo esto parecía contradecir ciertos temores expresados en este libro («Una sociedad sin clases», «Las masas»).

Por otra parte, el Partido Comunista chino, tras su victoria, aspiró inmediatamente a ser «internacional en su organización, omnicompreensivo en su alcance ideológico y global en sus aspiraciones políticas» (cap. XII, «Totalitarismo en el poder»), es decir, que sus rasgos totalitarios han sido patentes desde el comienzo. Estos rasgos se tornaron más prominentes con el desarrollo del conflicto chinosoviético, aunque el mismo conflicto puede haber sido desencadenado por cuestiones nacionales más que ideológicas. La insistencia de los chinos en rehabilitar a Stalin y denunciar los intentos rusos de destotalitarización como desviación «revisionista» fue suficientemente amenazadora y, para empeorar las cosas, se vio acompañada por una política internacional implacable, aunque hasta

ahora infructuosa, que pretendía la infiltración de agentes chinos en todos los movimientos revolucionarios y la resurrección de la Komintern bajo la dirección de Pekín. Todos estos desarrollos son difíciles de juzgar en el momento presente, en parte porque no sabemos lo suficiente y en parte porque aún no han concluido. A estas incertidumbres que corresponden a la naturaleza de la situación hemos añadido desgraciadamente las dificultades que son obra de nosotros mismos. Porque no facilita la cuestión, ni en la teoría ni en la práctica, el hecho de que hayamos heredado del período de la Guerra Fría una «contraideología» oficial, el anticomunismo, que tiende también a ser global en sus aspiraciones y nos tienta a construir nuestra propia ficción para que nos neguemos en principio a diferenciar las diversas dictaduras unipartidistas comunistas, con las que nos enfrentamos en la realidad, del auténtico gobierno totalitario que puede desarrollarse, aunque en diversas formas, en China. Lo interesante, desde luego, no es que la China comunista sea diferente de la Rusia comunista o que la Rusia de Stalin fuese diferente de la Alemania de Hitler. La ebriedad y la incompetencia que tan ampliamente asoman en cualquier descripción de la Rusia de los años veinte o de los años treinta, y que siguen estando hoy muy extendidas, no desempeñaron papel alguno en la Alemania nazi, mientras que la indecible y gratuita crueldad de los campos alemanes de concentración y de exterminio parece haber estado considerablemente ausente de los campos rusos, donde los cautivos morían de abandono más que de tortura. La corrupción, el azote de la Administración rusa desde el comienzo, se halló presente en los últimos años del régimen nazi, pero aparentemente ha estado totalmente ausente de China después de la revolución. Podrían multiplicarse las diferencias de esta clase; son de gran significación y forman parte de la historia nacional de los respectivos países, pero no proporcionan una orientación directa sobre la forma de gobierno. Indudablemente, la monarquía absoluta fue algo muy diferente en España, en Francia, en Inglaterra y en Prusia; pero en todas partes constituyó la misma forma de gobierno. Lo que en nuestro contexto resulta decisivo es que el gobierno totalitario es diferente de las dictaduras y tiranías; la capacidad de advertir esta diferencia no es en manera alguna una cuestión académica que pueda abandonarse confiadamente a los «teóricos»,

porque la dominación total es la única forma de gobierno con la que no es posible la coexistencia. Por ello tenemos todas las razones posibles para emplear escasa y prudentemente la palabra «totalitario».

En fuerte contraste con la escasez e incertidumbre de nuevas fuentes para el conocimiento fáctico con respecto al gobierno totalitario, encontramos un enorme aumento en el número de estudios sobre todas las variedades de nuevas dictaduras, sean o no totalitarias, durante los últimos quince años. Esto, desde luego, es particularmente cierto en lo referente a la Alemania nazi y a la Rusia soviética. Existen ahora muchas obras que resultan indispensables para nuevas investigaciones y estudios del tema, y, en consecuencia, me he esforzado por complementar mi antigua bibliografía (la segunda edición —en rústica— no llevaba bibliografía). El único género de textos que, con pocas excepciones, no he incluido adrede son las numerosas memorias publicadas por los antiguos generales y altos funcionarios nazis tras el final de la guerra. (Es suficientemente comprensible y no debería bastar para alejarlas de nuestra consideración el hecho de que este género de apologías no brille por su honestidad. Pero la falta de comprensión que estas reminiscencias muestran respecto de lo que sucedió realmente y de los papeles que los mismos autores desempeñaron en el curso de los acontecimientos es verdaderamente sorprendente y les priva de todo menos de un cierto interés psicológico.) También he añadido los relativamente escasos puntos de importancia a las listas de lecturas correspondientes a la Primera y la Segunda Parte. Finalmente, por razones de conveniencia, la bibliografía, como el libro, aparece ahora dividida en tres partes separadas.

II

Por lo que a la documentación se refiere, la temprana fecha en que este libro fue concebido y escrito ha mostrado no constituir la dificultad que podía razonablemente presumirse, y esto es cierto tanto por lo que se refiere al material sobre la variedad nazi como sobre la variedad bolchevique del totalitarismo. Esta es una de las

particularidades de la literatura sobre el totalitarismo: los primeros intentos de los contemporáneos de escribir su «historia», que, según todas las normas académicas, estaba destinada a zozobrar por falta de una impecable documentación y por su implicación emocional en el tema, han soportado notablemente bien la prueba del tiempo. La biografía de Hitler de Konrad Heiden y la biografía de Stalin de Boris Souvarine, escritas y publicadas en los años treinta, son en algunos aspectos más precisas y casi en todos los aspectos más importantes que las biografías estándar de Alan Bullock e Isaac Deutscher, respectivamente. Esto puede deberse a varias razones, pero una de ellas es ciertamente el simple hecho de que en ambos casos el material documental ha tendido a confirmar y a complementar lo que ya se conocía gracias a los relatos de importantes desertores y de otros testigos oculares.

Por decirlo más drásticamente: no necesitamos el discurso secreto de Jruschov para saber que Stalin cometió crímenes o que este hombre supuestamente «receloso hasta la locura» decidió confiar en Hitler. En lo que se refiere a esto último, nada prueba mejor que esta confianza que Stalin no estaba loco; se mostraba justificadamente suspicaz respecto de todos aquellos a los que deseaba o proyectaba eliminar, y entre estos figuraba prácticamente la totalidad de los cuadros más altos del partido y del gobierno; confiaba naturalmente en Hitler porque no le quería mal. Por lo que se refiere a Stalin, las sorprendentes declaraciones de Jruschov, que —por la obvia razón de que su audiencia y él mismo estuvieron totalmente complicados en el asunto— ocultaban considerablemente más de lo que revelaban, tuvieron el desgraciado resultado de minimizar a los ojos de muchos (y desde luego a los de los eruditos con su amor profesional por las fuentes oficiales) la gigantesca criminalidad del régimen de Stalin, que, al fin y al cabo, no consistió simplemente en la difamación de unos pocos centenares de miles de destacadas figuras políticas y literarias, a las que se podía «rehabilitar» póstumamente, sino en el exterminio de los literalmente indecibles millones de personas a las que nadie, ni siquiera Stalin, podía considerar sospechosas de actividades «contrarrevolucionarias». Y fue precisamente con el reconocimiento de algunos crímenes como ocultó Jruschov la criminalidad del régimen en conjunto, y es precisamente contra este camuflaje y contra la hipocresía de los actuales

dirigentes rusos —todos los cuales se prepararon y progresaron bajo Stalin— contra lo que se halla ahora en casi abierta rebelión la joven generación de intelectuales rusos. Porque ellos saben todo lo que es necesario saber sobre «las purgas masivas y la deportación y el aniquilamiento de pueblos enteros»⁵. La explicación que de los crímenes formuló Jruschov —la demente suspicacia de Stalin— ocultaba el aspecto más característico del terror totalitario: el de desatarse cuando ha muerto ya toda oposición organizada y el dirigente totalitario sabe que ya no necesita temer nada. Esto es particularmente cierto en lo que se refiere a la evolución rusa. Stalin comenzó sus gigantescas purgas no en 1928, cuando admitió: «Tenemos enemigos internos», y cuando tenía razones para sentir temor —sabía que Bujarin le había comparado con Genghis Khan y que estaba convencido de que la política de Stalin «estaba conduciendo al país al hambre, a la ruina y a un régimen policial»⁶, como así fue—, sino en 1934, cuando todos sus antiguos oponentes habían «confesado sus errores» y el mismo Stalin, en el XVII Congreso del partido, también denominado por él «Congreso de los Triunfadores», declaró: «En este Congreso [...] no hay nada más que demostrar y, según parece, nadie con quien luchar»⁷. No

⁵ A las víctimas del Primer Plan Quinquenal (1928-1933), estimadas entre nueve y doce millones, es necesario añadir las víctimas de la Gran Purga —se calcula que fueron ejecutadas tres millones de personas y detenidas y deportadas entre cinco y nueve millones (véase la importante Introducción de Robert C. Tucker, «Stalin, Bujarin, and History as Conspiracy», a la nueva edición de la relación literal del Proceso de Moscú de 1958, *The Great Purge Trial*, Nueva York, 1965). Pero todas estas estimaciones parecen ser inferiores a las cifras reales. No tienen en cuenta las ejecuciones en masa, de las que nada se supo hasta que «las fuerzas alemanas de ocupación descubrieron unos enterramientos en masa en la ciudad de Vinnitsa que contenían millares de cuerpos de personas ejecutadas en 1937 y en 1938» (véase, de J. Armstrong, *The Politics of Totalitarianism. The Communist Party of the Soviet Union from 1934 to the Present*, Nueva York, 1961, pp. 65 y ss.). Es innecesario decir que este ulterior descubrimiento hace que los regímenes nazi y bolchevique parezcan aún más variaciones del mismo modelo. La mejor forma de advertir hasta qué punto figuran en el centro de la oposición actual las matanzas en masa de la era estaliniana consiste en examinar el proceso de Sinyavsky y Daniel, del cual *The New York Times Magazine*, de 17 de abril de 1966, publicó una importante selección, que cito aquí.

⁶ Tucker, *op. cit.*, pp. xvii-xviii.

⁷ Cita tomada de la obra de M. Fainsod *How Russia is Ruled*, Cambridge, 1959, p. 516. Abdurakhman Avtorkhanov (en *The Reign of Stalin*, publicado bajo el seudónimo de «Uralov», en 1953 en Londres) habla de una reunión secreta del Comité Central del partido en 1936 tras los primeros procesos espectaculares, en la que

es que se ponga en duda el carácter sensacional y la decisiva importancia política que el XX Congreso del partido tuvo para la Rusia soviética y para el movimiento comunista en general. Pero su importancia es política: la luz que las fuentes oficiales del período poststaliniano arrojan sobre lo sucedido antes no debe ser confundida con la luz de la verdad.

Por lo que a nuestro conocimiento de la era de Stalin se refiere, la publicación por Fainsod del Archivo de Smolensko, que he mencionado anteriormente, sigue siendo, con mucho, la más importante, y resulta deplorable que la primera selección al azar no haya sido seguida por una más amplia publicación del material. A juzgar por el libro de Fainsod, queda mucho por saber del período de la lucha de Stalin por el poder a mediados de los años veinte: sabemos ahora cuán precaria era la posición del partido⁸, no solo porque prevalecía en el país un talante de franca oposición, sino porque se encontraba agobiado por la corrupción y la embriaguez; sabemos también que un manifiesto antisemitismo acompañaba a casi todas las demandas de liberalización⁹; que el afán por la colectivización y la deskulakización a partir de 1928 interrumpió la NEP, la nueva política económica de Lenin, y con ella un comienzo de reconciliación entre el pueblo y su gobierno¹⁰; conocemos cuán fieramente

Bujarin, según el informe, acusó a Stalin de transformar el partido de Lenin en un Estado policial y fue apoyado por más de las dos terceras partes de los miembros. Este relato, en especial lo referente al fuerte apoyo obtenido por Bujarin en el Comité Central, no parece muy plausible; pero, aunque fuese cierto, teniendo en cuenta el hecho de que esta reunión se celebraba cuando la Gran Purga ya se había iniciado, no revela la existencia de una oposición organizada, sino más bien lo contrario. La verdad de la cuestión, como señala Fainsod certeramente, parece ser la de que «el difundido descontento de las masas» era ya muy corriente, especialmente entre los campesinos, y que hasta 1928, «al comienzo del Primer Plan Quinquenal las huelgas... no eran infrecuentes», pero que semejantes «tendencias de oposición jamás llegaron a concentrarse en alguna forma de desafío organizado al régimen», y que para 1929 o 1930 «toda alternativa de organización se había esfumado de la escena», si es que había llegado a existir anteriormente (véase *Smolensk Under Soviet Rule*, pp. 449 y ss.).

⁸ «Lo asombroso», como indica Fainsod, *op. cit.*, p. 38, «no es que el partido resultara triunfante, sino que al fin y al cabo lograra sobrevivir».

⁹ *Ibid.*, pp. 49 y ss. Un informe de 1929 describe los violentos estallidos antisemitas durante una reunión; los miembros del Konsomol «presentes permanecieron callados [...] La impresión que podía recogerse era la de que todos estaban de acuerdo con las declaraciones antijudías» (p. 445).

¹⁰ Todos los informes de 1926 muestran un significativo «declive de los llamados disturbios contrarrevolucionarios, índice de la tregua temporal que el régimen había logrado

se opuso a tales medidas la solidaridad de toda la clase campesina, que decidió que «es mejor no haber nacido que unirse al koljós»¹¹ y se negó a ser dividida en campesinos ricos, medianos y pobres, para ser lanzada contra los *kulaks*¹² —«hay alguien que es peor que estos *kulaks*, y es el que está planificando cómo cazar a la gente»¹³; y que la situación no era mucho mejor en las ciudades, donde los trabajadores se negaban a cooperar con los sindicatos controlados por el partido y calificaban a sus directores de «diablos bien alimentados», «bizcos hipócritas» y cosas por el estilo¹⁴.

Fainsod señala certeramente que estos documentos muestran con claridad no solo «cuán extendido estaba el descontento de las masas», sino también la falta de una «oposición suficientemente organizada» contra el régimen en conjunto. Lo que no advierte, y lo que en mi opinión resulta igualmente probado, es que existía una obvia alternativa a la captura del poder por parte de Stalin y a la transformación de la dictadura del partido único en dominación total, y que esta era la continuación de la NEP, tal como fue iniciada por Lenin¹⁵. Además, las medidas adoptadas por Stalin con la introducción del Primer Plan Quinquenal en 1928, cuando su control del partido era casi completo, demuestran que la transformación de las clases en masas y la concomitante eliminación de cualquier solidaridad de grupo eran la condición *sine qua non* de toda dominación total.

con el campesinado». En comparación con los de 1926, los informes de 1929-1930 «parecen comunicados de un encarnizado frente de batalla» (p. 177).

¹¹ *Ibid.*, pp. 252 y ss.

¹² *Ibid.*, especialmente las pp. 240 y ss., y 446 y ss.

¹³ *Ibid.*, todas estas declaraciones proceden de los informes de la GPU; véanse especialmente las pp. 248 y ss. Pero resulta completamente característico el hecho de que tales declaraciones se tornaran mucho menos frecuentes a partir de 1934, en el comienzo de la Gran Purga.

¹⁴ *Ibid.*, p. 310.

¹⁵ Se pasa habitualmente por alto esta alternativa por culpa de la comprensible pero históricamente insostenible convicción de que existió una evolución más o menos suave de Lenin a Stalin. Es cierto que Stalin casi siempre hablaba en términos leninistas, de forma que a veces parecía que la única diferencia entre los dos hombres radicaba en la brutalidad o en la «locura» del carácter de Stalin. Tanto si esta era una astucia consciente por parte de Stalin como si no lo era, la verdad de la cuestión es, como certeramente observa Tucker, *op. cit.*, p. xvi, que «Stalin llenó esos viejos conceptos leninistas con un nuevo contenido claramente estaliniano [...] La característica más distintiva fue el énfasis por completo no leninista otorgado a la *conspiración*, que llegó a convertirse en el sello de la época».

Con respecto a la indisputada dominación de Stalin a partir de 1929, el Archivo de Smolensko tiende a confirmar lo que ya sabíamos de fuentes menos irrefutables. Esto es incluso cierto en el caso de algunas de sus curiosas lagunas, especialmente las referentes a los datos estadísticos. Porque esta ausencia demuestra simplemente que, como en otros aspectos, el régimen de Stalin era implacablemente consecuente: todos los hechos que no estuviesen conformes o que ofrecieran la posibilidad de no coincidir con la ficción oficial —datos sobre cosechas, criminalidad, auténticos incidentes de actividades «contrarrevolucionarias», a diferencia de las ulteriores conspiraciones ficticias— eran tratados como inexistentes. Resultaba, además, completamente de acuerdo con el desprecio totalitario por los hechos y la realidad el que todos estos datos, en vez de ser recogidos en Moscú procedentes de los confines del inmenso territorio, fueran conocidos por vez primera en las respectivas localidades a través de su publicación en *Pravda*, *Izvestia* o cualquier otro órgano oficial de Moscú; de esta forma, cada región y cada distrito de la Unión Soviética recibía sus datos estadísticos oficiales y ficticios de la misma manera que recibía las no menos ficticias normas que le fijaba el Plan Quinquenal¹⁶.

Enumeraré brevemente unos pocos de los más sorprendentes puntos que antes podían ser solo supuestos y que ahora han quedado demostrados por pruebas documentales. Siempre habíamos sospechado, pero no lo sabíamos con certeza, que el régimen nunca fue «monolítico», sino que se hallaba «conscientemente construido en torno a funciones superpuestas, duplicadas y paralelas» y que esta estructura, grotescamente amorfa, se conservaba unida por el mismo principio del Führer —el llamado «culto de la personalidad»— que hallamos en la Alemania nazi¹⁷; que la rama ejecutiva

¹⁶ Véase Fainsod, *op. cit.*, especialmente pp. 365 y ss.

¹⁷ *Ibid.*, p. 93 y p. 71. Resulta completamente característico que los mensajes a todos los niveles recalcaran habitualmente las «obligaciones contraídas con el camarada Stalin», y no con el régimen, el partido o el país. Nada subraya quizá más convincentemente las similitudes de los dos sistemas como lo que Ilya Ehrenburg y otros intelectuales estalinianos tuvieron que declarar en sus esfuerzos por justificar su pasado o simplemente por informar sobre lo que pensaban durante la Gran Purga. «Stalin no sabía nada de la insensata violencia empleada contra los comunistas, contra la *intelligentsia* soviética», «ellos se lo ocultaban a Stalin», y «si hubiera habido al menos alguien que se lo hubiera contado a Stalin» o, finalmente, «el culpable no era Stalin en

de este gobierno especial no era el partido, sino la policía, cuyas «actividades operativas no eran reguladas a través de los canales del partido»¹⁸; que las personas enteramente inocentes a quienes el régimen liquidó a millones, los «enemigos objetivos» en el lenguaje bolchevique, sabían que eran «delincuentes sin un delito»¹⁹; que fue precisamente esta nueva categoría, a diferencia de los primeros auténticos enemigos del régimen —asesinos de funcionarios del gobierno, incendiarios y bandidos—, la que reaccionó con la misma «completa pasividad»²⁰ que conocemos también a través de las pautas de conducta de las víctimas del terror nazi. Nunca hubo duda alguna de que la «oleada de denuncias mutuas» durante la Gran Purga resultó tan desastrosa para el bienestar económico y social del país como eficaz para fortalecer al dirigente totalitario, pero solo ahora conocemos cuán deliberadamente puso en marcha Stalin «esta amenazadora cadena de denuncias»²¹ cuando proclamó oficialmente el 29 de julio de 1936: *«Inalienable cualidad de todo bolchevique en las circunstancias presentes debe ser la capacidad para reconocer a un enemigo del partido por muy bien enmascarado que pueda hallarse»*²². (El subrayado es de la autora.) De la misma manera que la «Solución Final» de Hitler significaba para la élite nazi la obligatoriedad de cumplir el mandamiento «tú matarás», la declaración

absoluto, sino el correspondiente jefe de la policía» (citas de Tucker, *op. cit.*, p. XIII). Es innecesario señalar que esto es precisamente lo que tuvieron que decir los nazis tras la derrota de Alemania.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 166 y ss.

¹⁹ Las palabras están tomadas de la apelación presentada por un «elemento extraño a la clase» en 1936: «Yo no quiero ser un delincuente sin un delito» (p. 229).

²⁰ Un interesante informe de la OGPU, que data de 1931, subraya esta nueva «completa pasividad», esa horrible apatía que produjo el indiscriminado terror contra personas inocentes. El informe menciona la gran diferencia entre las antiguas detenciones de enemigos del régimen cuando «un detenido era conducido por dos milicianos» y las detenciones en masa cuando «un miliciano podía conducir grupos de personas, andando estas tranquilamente, sin que nadie intentara escapar» (p. 248).

²¹ *Ibid.*, p. 135.

²² *Ibid.*, pp. 57-58. Para conocer el creciente ambiente de histeria en estas denuncias en masa, véase especialmente pp. 222, 229 y ss., y la encantadora historia de la p. 235, en donde nos enteramos de que uno de los camaradas había llegado a pensar «que el camarada Stalin había adoptado una actitud conciliadora respecto del grupo trotskista-zinovievista», reproche que en la época significaba, por lo menos, la inmediata expulsión del partido. Pero no hubo tal suerte. El siguiente orador acusó de ser «políticamente desleal» al hombre que había tratado de superar a Stalin, y éste «confesó» inmediatamente su error.

de Stalin prescribía: «Tú levantarás falso testimonio», como norma directriz de la conducta de todos los miembros del partido bolchevique. Finalmente, todas las dudas que hubieran podido alimentarse respecto de la dosis de verdad de la teoría según la cual el terror de los últimos años veinte y durante los treinta fue el «elevado precio en sufrimiento» que hubo que pagar por la industrialización y el progreso económico, se quedan descartadas tras este primer vistazo a la situación y al curso de los acontecimientos en una determinada región²³. El terror no produjo nada de este género. El mejor documentado resultado de la deskulakización, la colectivización y la Gran Purga no fue ni el progreso ni la industrialización rápida, sino el hambre, las caóticas condiciones en la producción de alimentos y la despoblación. Las consecuencias han sido una perpetua crisis en la agricultura, una interrupción del desarrollo demográfico

²³ Por extraño que parezca, el mismo Fainsod llega a tales conclusiones tras una acumulación de pruebas que apuntan en dirección opuesta. Véase su último capítulo, especialmente pp. 453 y ss. Es aún más extraño que esta mala interpretación de los hechos haya sido compartida por tantos autores. En realidad, casi ninguno ha llegado tan lejos en esta sutil justificación de Stalin como Isaac Deutscher en su biografía, pero muchos todavía insisten en que «las implacables acciones de Stalin eran [...] una forma de crear un nuevo equilibrio de fuerzas» (Armstrong, *op. cit.*, p. 64), y estaban concebidas para ofrecer «una solución brutal pero consecuente a alguna de las contradicciones básicas inherentes al mito leninista» (Richard Lowenthal, en su muy valioso *World Communism. The Disintegration of a Secular Faith*, Nueva York, 1964, p. 42). Existen algunas pocas excepciones a esta reminiscencia marxista; así, por ejemplo, Richard C. Tucker (*op. cit.*, p. xxvii), quien afirma inequívocamente que el sistema soviético «hubiese estado en mejor situación y mejor equipado para enfrentarse después con la prueba de la guerra total de no haber sido por la Gran Purga, que fue, efectivamente, una gran operación destructora de la sociedad soviética». Mr. Tucker opina que esto refuta mi «imagen» del totalitarismo, lo que a mí me parece que es un error. La inestabilidad es un requisito funcional de la dominación total, que está basada en una ficción ideológica y presupone que un movimiento, como algo distinto de un partido, se ha apoderado del poder. La característica de este sistema es que el poder sustancial, la potencia material y el bienestar del país son sacrificados constantemente al poder de la organización, de la misma manera que todas las verdades fácticas son sacrificadas para que sea consecuente la ideología. Es obvio que en una pugna entre la fuerza material y el poder organizativo, o entre el hecho y la ficción, ese poder y esa ficción serán los que lo pasen mal, y esto fue lo que sucedió tanto en Rusia como en Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. Pero esta no es una razón para subestimar el poder de los movimientos totalitarios. Fue el terror a la inestabilidad permanente el que ayudó a organizar el sistema de satélites, y es la presente estabilidad de la Rusia soviética, su destotalitarización, la que, por una parte, ha contribuido considerablemente a su presente fuerza material, pero la que, por otra, ha determinado la pérdida de control de sus satélites.

y el fracaso del desarrollo y la colonización del *hinterland* siberiano. Además, como evidencia el Archivo de Smolensko, los métodos de dominación de Stalin lograron destruir toda medida de competencia y capacidad técnica que el país había adquirido tras la Revolución de Octubre. Y todo esto constituía, desde luego, un «alto precio», no solo en sufrimientos, pagado para abrir carreras en las burocracias del partido y del gobierno a sectores de población que a menudo no eran solo «*políticamente* analfabetos»²⁴. La verdad es que el precio de la dominación totalitaria fue tan alto que ni en Alemania ni en Rusia ha sido todavía completamente pagado.

III

He mencionado anteriormente el proceso de destotalitarización que siguió a la muerte de Stalin. En 1958, yo no tenía aún la seguridad de que el «deshielo» fuera algo más que una relajación temporal, un género de medida de emergencia debida a la crisis de sucesión y no diferente de la considerable relajación de los controles totalitarios durante la Segunda Guerra Mundial. Incluso ahora no podemos saber si el proceso es final e irreversible, pero con seguridad ya no puede ser denominado temporal o provisional. Porque aunque uno pueda observar el zigzaguo, a menudo asombroso, de la línea política soviética desde 1953, es innegable que el inmenso imperio policial ha sido liquidado, que la mayor parte de los campos de concentración han sido cerrados, que no se han realizado nuevas purgas contra «enemigos objetivos» y que los conflictos entre los miembros de la nueva «dirección colegiada» son resueltos mediante destituciones y exilios de Moscú en vez de tener que recurrir a los procesos espectaculares, las confesiones y los asesinatos.

²⁴ Véanse los interesantes detalles (Fainsod, *op. cit.*) sobre la campaña de 1929 para eliminar a los «profesores reaccionarios» contra las protestas de los miembros del partido y del Komsomol, así como del cuerpo estudiantil, quienes no veían «razón para reemplazar a los excelentes profesores que no eran del partido»; después de lo cual, desde luego, una nueva Comisión informó rápidamente de la existencia de «gran número de elementos extraños a la clase entre el cuerpo estudiantil». Siempre se había sabido que uno de los fines de la Gran Purga era abrir carreras a la generación más joven.

Indudablemente, los métodos seguidos por los nuevos dirigentes en los años posteriores a la muerte de Stalin siguen de cerca la pauta impuesta por Stalin tras la muerte de Lenin: emergió un triunvirato denominado «dirección colectiva», término acuñado por Stalin en 1925, y después de cuatro años de intrigas y pugnas por el poder hubo una repetición del *coup d'état* de Stalin en 1929, a saber, la captura del poder de Jruschov en 1957. Técnicamente hablando, el golpe de Jruschov siguió muy de cerca los métodos de su difunto y denunciado amo. Él también precisaba de una fuerza exterior para ganar poder en la jerarquía del partido, y utilizó el apoyo del mariscal Zhukov y del ejército, exactamente de la misma manera que Stalin empleó sus relaciones con la policía secreta en la lucha de sucesión de hacía treinta años²⁵. Como en el caso de Stalin, en donde el poder supremo tras el golpe continuó residiendo en el partido, no en la policía, así en el caso de Jruschov, «hacia finales de 1957, el Partido Comunista de la Unión Soviética había logrado una indiscutible supremacía en todos los aspectos de la vida soviética»²⁶; porque del mismo modo que Stalin nunca dudó en purgar a los cuadros de su policía y en liquidar a su jefe, así Jruschov prosiguió sus maniobras dentro del partido, eliminando a Zhukov del Presidium y del Comité Central del partido, cargos para los que había sido elegido tras el golpe, así como de su puesto de jefe supremo del Ejército.

En realidad, cuando Jruschov recurrió a Zhukov en demanda de apoyo, la ascendencia del ejército sobre la policía era un hecho consumado en la Unión Soviética. Esta había sido una de las consecuencias automáticas de la ruptura del imperio policial, cuyo dominio sobre gran parte de las industrias, las minas y los inmuebles soviéticos había sido heredado por el grupo gerencial que se

²⁵ Armstrong, *op. cit.*, p. 319, arguye que ha sido «altamente exagerada» la importancia de la intervención de Zhukov en la lucha interna del partido, y asegura que Jruschov «triunfó sin necesidad alguna de intervención militar», porque estaba «apoyado por el aparato del partido». Esto no parece cierto. Pero es verdad que «muchos observadores extranjeros», en razón del apoyo del ejército a Jruschov y contra el aparato del partido, llegaron a la errónea conclusión de que se había producido un definitivo aumento de poder de los militares a expensas del partido, como si la Unión Soviética hubiera estado a punto de pasar de una dictadura del partido a una dictadura militar.

²⁶ *Ibid.*, p. 320.

vio repentinamente desembarazado de su más serio competidor económico. La ascensión automática del ejército fue aún más decisiva; ahora tenía un claro monopolio de los instrumentos de violencia con el que decidir en los conflictos internos del partido. Denota la sagacidad de Jruschov el que advirtiera antes que sus colegas las consecuencias de esta situación. Pero, cualesquiera que fuesen sus motivos, las consecuencias de este desplazamiento de la importancia desde la policía hacia los militares dentro del juego por el poder tuvieron una gran repercusión. Es cierto que la superioridad de la policía secreta sobre el aparato militar constituye una característica determinante de muchas tiranías y no solo de la totalitaria; pero en el caso del gobierno totalitario la preponderancia de la policía no responde simplemente a la necesidad de reprimir a la población en el país, sino que encaja con la reivindicación ideológica de una dominación mundial. Porque es evidente que quienes consideran a toda la Tierra como su futuro territorio reforzarán el órgano de la violencia doméstica y dominarán el territorio conquistado con métodos y personal policiales más que con el ejército. Así, los nazis emplearon esencialmente sus tropas SS como fuerza de policía para la dominación e incluso la conquista de territorios extranjeros, con el propósito final de amalgamar el ejército y la policía bajo la dirección de las SS.

Además, el significado de este cambio en el equilibrio del poder se había manifestado anteriormente con ocasión de la represión violenta de la revolución húngara. El sangriento aplastamiento de la revolución, terrible y efectivo como fue, había sido realizado por unidades del ejército regular y no por unidades de la policía, y la consecuencia fue que en manera alguna constituyó una típica solución staliniana. Aunque la operación militar fue seguida por la ejecución de los dirigentes y el encarcelamiento de millares de personas, no hubo una deportación general del pueblo; en realidad, no hubo ningún intento de despoblar el país. Y como esta era una operación militar y no una operación policial, los soviéticos pudieron permitirse enviar ayuda suficiente al país derrotado para impedir el hambre generalizada y para conjurar el completo colapso de la economía en el año que siguió a la revolución. Nada, seguramente, habría estado más lejos de la mente de Stalin en circunstancias parecidas.

El más claro signo de que la Unión Soviética ya no puede ser denominada totalitaria en el sentido estricto del término es, desde luego, la sorprendentemente rápida recuperación de las artes durante la última década. En realidad, los esfuerzos por rehabilitar a Stalin y por detener las crecientes exigencias verbales de libertad de expresión y de pensamiento entre estudiantes, escritores y artistas se repiten una y otra vez, pero ninguno de ellos ha tenido éxito ni es probable que lo tenga sin un completo restablecimiento del terror y de la dominación policiales. Es indudable que al pueblo de la Unión Soviética le son negadas todas las formas de libertad política, no solo la libertad de asociación, sino la libertad de pensamiento, de opinión y de expresión pública. Parece como si nada hubiese cambiado, mientras que en realidad ha cambiado todo. Cuando Stalin murió, las gavetas de escritores y artistas se hallaban vacías; hoy existe toda una literatura que circula en forma manuscrita, y en los estudios de los pintores se ensayan todos los estilos de la pintura moderna, que llegan a conocerse aunque no sean expuestos. Esto no significa minimizar la diferencia entre la censura tiránica y la libertad de las artes, solo supone recalcar el hecho de que la diferencia entre una literatura clandestina y la ausencia de literatura equivale a la diferencia entre uno y cero.

Además, el simple hecho de que los miembros de la oposición intelectual puedan tener un proceso (aunque sea a puerta cerrada), puedan hacerse oír en presencia del tribunal y contar con apoyo exterior, no confesar nada, sino declararse inocentes, demuestra que ya no nos encontramos aquí con la dominación total. Lo que les sucedió a Sinyavsky y a Daniel, los dos escritores que en febrero de 1966 fueron juzgados por haber publicado fuera de la Unión Soviética obras que no podrían haber publicado dentro, y que fueron sentenciados a siete y cinco años de trabajos forzados, respectivamente, es, desde luego, insultante según todas las normas de justicia en un gobierno constitucional; pero lo que tuvieron que decir fue escuchado en el mundo entero, y no es probable que sea olvidado. No desaparecieron en el agujero del olvido que para sus oponentes preparan los dirigentes totalitarios. Menos conocido, pero quizá aún más convincente, es el hecho de que el propio y más ambicioso intento de Jruschov de invertir el proceso de destotalitarización concluyó en un completo fracaso. En 1957 presentó

una nueva «ley contra los parásitos sociales» que habría permitido al régimen reintroducir las deportaciones en masa, restablecer los trabajos forzados en gran escala y —lo que resulta más importante para la dominación total— desencadenar otra oleada de denuncias en masa; porque se suponía que los «parásitos» habían de ser seleccionados por el mismo pueblo en reuniones de masas. La «ley», sin embargo, tropezó con la oposición de los juristas soviéticos y fue desechada antes siquiera de que hubiera podido ser ensayada²⁷. En otras palabras, el pueblo de la Unión Soviética ha pasado de la pesadilla de la dominación totalitaria a los múltiples peligros, dificultades e injusticias de la dictadura de partido único, y aunque es enteramente cierto que esta moderna forma de tiranía no ofrece ninguna de las garantías del gobierno constitucional, que, «incluso aceptando los presupuestos de la ideología comunista, todo el poder en la URSS es, en definitiva, ilegítimo»²⁸ y que, por ello, el país puede volver a caer en el totalitarismo de un día para otro sin que se produzcan revueltas importantes, también es cierto que la más horrible de todas las nuevas formas de gobierno, cuyos elementos y orígenes históricos trato de analizar, concluyó en Rusia con la muerte de Stalin de la misma manera que el totalitarismo acabó en Alemania con la muerte de Hitler.

Este libro estudia el totalitarismo, sus orígenes y sus elementos, mientras que sus secuelas, tanto en Alemania como en Rusia, son pertinentes en tanto que puedan arrojar alguna luz sobre lo sucedido antes. Por eso, en nuestro contexto, no es el período que siguió a la muerte de Stalin, sino más bien los años de su dominación de la posguerra los que resultan importantes. Y esos ocho años, desde 1945 hasta 1953, confirman y prolongan —no contradicen ni añaden nuevos elementos— lo que ya se había hecho evidente desde mediados de los años treinta. Los acontecimientos que siguieron a la victoria, las medidas adoptadas en la Unión Soviética para reafirmar la dominación total tras la relajación temporal del período de la guerra, tanto como aquellas por las que se introdujo la dominación totalitaria en los países satélites, se hallaban todas conformes con las normas del juego, como sabemos ahora. La bolche-

²⁷ Véase *ibid.*, p. 325.

²⁸ *Ibid.*, pp. 339 y ss.

vización de los satélites comenzó con las tácticas de tipo frente popular y con un falso sistema parlamentario, prosiguió rápidamente hacia el claro establecimiento de dictaduras de partido único, en las que los jefes y los miembros de los partidos anteriormente tolerados fueron liquidados, y después alcanzó la última fase cuando los dirigentes comunistas nativos, de quienes Moscú, con razón o sin ella, desconfiaba, fueron brutalmente acusados, humillados en procesos espectaculares, torturados y muertos bajo la dirección de los más corrompidos y despreciables elementos del Partido, especialmente de quienes en un principio no eran comunistas, sino agentes de Moscú. Sucedió como si Moscú tratara de repetir a toda prisa las distintas fases de la Revolución de Octubre hasta la aparición de la dictadura totalitaria. Por eso toda la historia, aunque indeciblemente horrible, carece de gran interés por sí misma y ofrece escasas variaciones; lo que pasaba en un país satélite sucedía casi en el mismo momento en otros, desde el Báltico hasta el Adriático. Los acontecimientos fueron diferentes en las regiones no incluidas en el sistema de satélites. Los Estados bálticos fueron directamente incorporados a la Unión Soviética, y su suerte fue considerablemente peor que la de los países satélites; más de medio millón de personas fueron deportadas de los tres pequeños países, y una «enorme marea de colonizadores rusos» comenzó a amenazar a las poblaciones nativas con el estatus de minorías en sus propias patrias²⁹. Por otra parte, solo tras la erección del Muro de Berlín comenzó Alemania Oriental a ser incorporada al sistema de satélites, puesto que anteriormente era más bien considerada como territorio ocupado con un «gobierno Quisling».

En nuestro contexto resultan de gran importancia los desarrollos registrados en la Unión Soviética, especialmente a partir de 1948 —el año de la misteriosa muerte de Zhdanov y del «*affaire* de Leningrado». Por vez primera después de la Gran Purga, Stalin ejecutó a gran número de altos y altísimos funcionarios, y tenemos la certeza de que estas ejecuciones fueron proyectadas como preliminares de otra purga que alcanzaría a toda la nación. Si no hubiera sobrevenido la muerte de Stalin, esa purga habría sido desencadenada

²⁹ Véase, de S. Vardys, «How the Baltic Republics Fare in the Soviet Union», en *Foreign Affairs*, abril de 1966.

por el «complot de los médicos». Un grupo de destacados médicos judíos fue acusado de haber conspirado para «acabar con los cuadros directivos de la URSS»³⁰. Todo lo sucedido en Rusia entre 1948 y enero de 1953, fecha en que fue «descubierto» el «complot de los médicos», presenta una sorprendente y amenazadora semejanza con los preparativos de la Gran Purga de los años treinta: la muerte de Zhdanov y la purga de Leningrado se correspondían con la no menos misteriosa muerte de Kirov en 1934, que fue seguida inmediatamente por una especie de purga preparatoria de «todos los antiguos adversarios que permanecían dentro del partido»³¹. Es más, el mero contenido de la absurda acusación formulada contra los médicos, es decir, que pensaban matar a todos los que ocuparan posiciones destacadas en todo el país, debió de suscitar funébreos presentimientos en todos aquellos que estaban familiarizados con los métodos de Stalin de acusar a un enemigo ficticio del crimen que él estaba próximo a cometer. (El ejemplo mejor conocido es, desde luego, su acusación de que Tujachevski conspiraba con Alemania, en el mismo momento en que él estudiaba la posibilidad de una alianza con los nazis.) Es obvio que quienes rodeaban a Stalin en 1952 comprendían mejor de lo que habrían podido comprender en los años treinta lo que significaban sus palabras y que la simple formulación de la acusación debió de extender el pánico entre todos los altos funcionarios del régimen. Este pánico puede seguir siendo la explicación más plausible a la muerte de Stalin, a las misteriosas circunstancias que la rodearon y a la rápida solidaridad de quienes ocupaban los más altos puestos del partido, notoriamente debilitados por las rivalidades y las intrigas, durante los primeros meses de la crisis de sucesión. Por poco que sepamos, sin embargo, de los detalles de esta historia, lo que conocemos basta para confirmar mi convicción original de que «operaciones destructoras» como la Gran Purga no eran episodios aislados ni excesos del régimen provocados por circunstancias extraordinarias, sino que constituían una institución del terror, cuya aparición se esperaba a intervalos regulares —a menos, desde luego, que cambiara la verdadera naturaleza del régimen.

³⁰ Armstrong, *op. cit.*, pp. 235 y ss.

³¹ Fainsod, *op. cit.*, p. 56.

El nuevo elemento más dramático de esta nueva purga, que Stalin planeó en los últimos años de su vida, fue un cambio decisivo en la ideología, la introducción de la idea de una conspiración mundial judía. Durante años se habían colocado cuidadosamente los cimientos de este cambio en cierto número de procesos realizados en los países satélites —el proceso de Rajk en Hungría, el asunto de Ana Pauker en Rumanía y, en 1952, el proceso de Slansky en Checoslovaquia. En estas medidas preliminares altos funcionarios del partido fueron singularizados por su procedencia de la «burguesía judía» y acusados de sionismo; esta acusación fue transformada gradualmente para poder implicar en ella a entidades no sionistas (especialmente al «American Jewish Joint Distribution Committee»), con objeto de indicar que todos los judíos eran sionistas y todos los grupos sionistas «mercenarios del imperialismo americano»³². No había, desde luego, nada nuevo en el crimen del «sionismo», pero a medida que la campaña progresaba y comenzó a centrarse en los judíos de la Unión Soviética, se produjo otro cambio significativo: los judíos, más que de sionismo, eran ahora acusados de «cosmopolitismo», y la trama de las acusaciones surgida de este eslogan siguió aún más de cerca el modelo nazi de una conspiración mundial de los judíos en el sentido de los Sabios de Sión. Entonces se hizo asombrosamente evidente cuán profunda debía de haber sido la impresión que en Stalin hizo este punto crucial de la ideología nazi —y cuyos primeros indicios se tornaron visibles tras el pacto Hitler-Stalin—, en parte, en realidad, por su obvio valor propagandístico tanto en Rusia como en todos los países satélites, donde estaban muy extendidos los sentimientos anti-judíos y donde la propaganda antijudía había disfrutado siempre de una gran popularidad, pero en parte también porque este tipo de ficticia conspiración mundial proporcionaba una justificación ideológicamente más conveniente a las reivindicaciones totalitarias de dominación mundial que las que pudieran dar Wall Street, el capitalismo o el imperialismo. La franca y descarada adopción de lo que se había convertido para todo el mundo en el más destacado símbolo del nazismo fue el último cumplido a su difunto colega y rival en la dominación total, con el que, con gran disgres-

³² Armstrong, *op. cit.*, p. 236.

to por su parte, no había sido capaz de establecer un acuerdo duradero.

Stalin, como Hitler, murió a la mitad de una horrible tarea. Y cuando sobrevino su muerte, la historia que este libro tiene que narrar y los acontecimientos que trata de comprender llegaron a un final al menos provisional.

Hannah Arendt
Junio de 1966